

los escritores se habían hecho cargo de narrar lo que habían callado otros intelectuales, de tratar de entender la gran pesadilla que era el siglo XX. Tanto la pesadilla como el sueño, prosiguen como ejes de una dialéctica aún en este incipiente siglo XXI y la tarea de conocer el límite entre ambos es cada vez más urgente. En las lúcidas palabras con las que Isabel Quintana cierra su libro:

Sin olvido, en definitiva, no se puede vivir, pero tampoco con él; porque sólo la memoria puede articular los momentos dispersos de la experiencia en un horizonte de sentido al que, al mismo tiempo, acecha y amenaza constantemente destruir. (221)

*University of Oregon*

MÓNICA SZURMUK

LILIANA WEINBERG. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Este nuevo libro de Liliana Weinberg es un caso típico en donde el número de páginas no condice con la profundidad conceptual de lo tratado. Estamos mal acostumbrados al creer que un texto voluminoso es sinónimo de seriedad y exhaustividad de un asunto. En todo caso aquí lo sustancial es el título como índice de un producto prometedor, tiene, en principio, la provocación de otro título, el de Grüner cuando aventurara *Un género culpable* (Rosario: 2000). El ensayo —culpable o entre el paraíso y el infierno— sigue, este “centauro de los géneros”, suscitando vertiginosas inmersiones en el sentido de formas y motivos aparentemente ya gastados.

La estudiosa argentina, afincada en México retoma en este libro lo que constituye de cierto modo una preocupación familiar si atendemos al hecho de que los Weinberg (Félix y Gregorio) representan una tradición en indagar sobre constantes nacionales del quehacer intelectual. El libro de Liliana Weinberg obtuvo un premio anual de Ensayo Literario Hispanoamericano (Premio Lya Kostakowsky, México, 1996) y se trata de la apertura y profundización de líneas que ella viene siguiendo desde su trabajo de tesis doctoral centrado en Martínez Estrada.

Aquí la autora ausculta y resuelve cuestiones teóricas con las que pretende avanzar, y superar lo ya definido como esencia del ensayo. En un primer capítulo que aventura como “Por una nueva teoría del ensayo”, Weinberg justifica su opción por un enunciado que oficia de título —*entre el paraíso y el infierno*— y es en esa antípoda que reside su hallazgo, tal como lo ratifica al nominar al ensayo “como un ángel caído”. Recorre en este capítulo todos los hitos de conceptualización del género: Mariátegui, Vitier (uno de los miembros del jurado actuante en la consagración del premio obtenido por la autora), Anderson Imbert, Alfonso Reyes, pensadores coincidentes en cuanto a la naturaleza de “interpretación” que habita en el ensayo.

La andadura del texto objeto de esta reseña convoca a curiosidad por su sistemático entramado entre dos polos: “acontecimiento y sentido” (25); “el yo y el nombre” (39); “el

decir y la inteligibilidad” (49), entre otras *dialécticas* como prefiere designarlas Liliana Weinberg. Estas diadas están presididas por un epígrafe cuyo autor es Lezama Lima (autor caro a la tradición hispanoamericana del ensayo crítico), el epígrafe reza: *La página escrita abre caminos entre cielo y tierra*, y entendemos que comporta la sinécdoque de todo el texto.

En “Deícticos y ensayo” la autora apela al momento fundacional del género cuando Montaigne entabla el diálogo con el lector, y en esto también es consecuente la estructura del texto por cuanto Weinberg abre su propuesta con unas páginas “Al lector”, no como *mero arbitrio teórico* del ensayo, sino como *la clave misma de su construcción y su lectura*.

Partir con la declaración de Montaigne: *He aquí un libro de buena fe*, le da pie a la ensayista argentina para redimensionar lo que contiene la fórmula “de buena fe” en tanto razón *constitutiva* y previa a cualquier otro criterio de autoridad (14). Ella, sin embargo, recalca en el análisis de instancias modélicas y, por lo tanto, voces plenas de autoridad en materia de construcción del locus de enunciación. Del yo, aquí, ahora de Montaigne se desplaza a la tradición europea e hispanoamericana, Weinberg traza un rápido *racconto* desde Bacon, Locke, Holton hasta autores del siglo XIX americano. Ya en el siglo XX llega a nombres de la crítica como lo son Beatriz Sarlo, Sylvia Molloy y Walter Mignolo.

En una vuelta a la mencionada andadura, el discurso de Weinberg se caracteriza en su fidelidad al género precisamente por esa facultad natural de transitar del andarivel filosófico a la manera de un Lukács, a la información objetiva, y del plano reflexivo a la superficie lingüística, pero también se caracteriza por la libertad con que recorre el espinel temporal en la mención de ejemplos ilustrativos de lo que busca demostrar: el yo romántico en el plural que usa Echeverría (siglo XIX), el “se” impersonal del epistemólogo Mario Bunge (siglo XX), la anticostificación existencial de un Sábato, etc.

Afirma Weinberg *El ensayo sucede en el ámbito de la inteligibilidad* (55), desde esa premisa plantea *el más acá y más allá* en las relaciones de poder de las que escapa (o no) el individuo o sujeto de lo inteligible. Urga así en la seria cuestión de las *mediaciones que constituyen y construyen socialmente un texto* (56).

Si bien el libro es un trabajo reflexivo hay tres momentos en que el escalpelo de la ensayista se demora en examinar casos, uno es el de Alfonso Reyes a través de sus “Notas sobre la inteligencia americana”, ensayo de 1936 en el que Reyes opta por la noción de *inteligencia* como un modo de responsabilizar a la intelectualidad, evitando la generalización que supone hablar de “cultura”, por ejemplo. Acotar las notas a un objeto como “inteligencia”, hace de ésta en realidad un sujeto del destino histórico del subcontinente, sujeto colectivo llamado a tender el puente entre lo americano y el universo.

Así, Alfonso Reyes se ocupa de arbitrar la polémica de lo “ingenios americanos” en cuanto producto del determinismo, se afana en redimensionar la categoría espacio-tiempo como variable diferenciada para cada cultura. Tras el análisis de “Notas sobre la inteligencia americana” concluye Weinberg como colofón a Reyes: *“Inteligencia americana” designa entonces no solamente a la mente americana o a la intelectualidad americana, sino también al pensamiento americano como producción y reflexión en su compleja síntesis, entre lo universal y lo particular, entre lo abstracto y lo concreto* (70).

Los otros dos momentos de lectura de ejemplos ilustrativos remiten a Octavio Paz y a Germán Arciniegas, claros exponentes del ensayo de estas latitudes. Es válido señalar que la escritora argentina destaca en Paz un aspecto ya observado en el maestro Alfonso Reyes: la inefable cuestión de la visión del mundo encarnada en la percepción del tiempo. El análisis está centrado en “La nueva analogía: poesía y tecnología” (81), texto perteneciente a *El signo y el garabato*. Justo es reconocer que como acercamiento a Paz la selección del artículo es apropiada, no así el abordaje en tanto no se aprovecha el estrecho vínculo de lo que la autora-crítica visualiza como “imagen del mundo” en Paz, con el resto de su producción.

Por ser *El signo y el garabato* un libro de 1973 condensa muchas de las apreciaciones ya vertidas en libros como *El laberinto de la soledad* y como *El arco y la lira*. Si bien la autora en otros tramos de su exposición da cuenta de esos dominios como parte de su enciclopedia, aquí aísla demasiado en función de dar relieve a la transformación que la técnica ejerce sobre el poema. Aspecto en el que se plasma la concepción del tiempo como ritmo en movimiento.

Mejor *performance* escrituraria advertimos en el segmento “Nuestra América es un ensayo”, apotegma reinstaurado por Germán Arciniegas en tanto émulo de José Martí en la comunidad del “nosotros” continental (e insular en el caso del cubano). L. Weinberg trabaja aquí aspectos proposicionales y pragmáticos a partir de la inclusión abarcativa del “nuestra”, al tiempo que justifica la elección del texto por adherir al juego semántico de América = ensayo, hecho que le permite pivotar con el aspecto discursivo:

Juega Arciniegas con el concepto de “ensayo” en cuanto género y en cuanto esfuerzo, trabajo, experiencia. Añade además un tercer concepto de “ensayo” que no corresponde a los tradicionales: América es problema, desafío y provocación, novedad que rompe con las ideas tradicionales sobre el continente y obliga al ejercicio del ensayo (70).

No queden dudas respecto del fragmentarismo con que encaramos este comentario; el libro, como se evaluó al comienzo, es un valioso aporte a los estudios sobre el ensayo, y su mayor riqueza radica en su propia naturaleza ensayística: es analógico, rapsódico, en gran medida, anárquico, pero en el marco de un sistemático desarrollo. Pasea la mirada por los paradigmas de varias culturas aunque vuelve con mucha pertenencia al seno de la cultura propia. Weinberg enuncia desde Latinoamérica, por ello, convoca intelectuales de todo el continente, tanto cuando cita textualmente, como a la hora de establecer redes de sentido. A propósito de la “Dialéctica entre el yo y el espacio público”, elige a Octavio Paz para que medie su pensamiento: “(...)Desterrados del cielo y del infierno, la tierra, único paraíso que se ofrecía a nuestra avidez, ha perdido toda su seducción. Si antes se renunciaba a la tierra por el cielo, por un ansia de vivir, ahora somos unos desgarrados gozadores, unos escépticos sufridores...” (Paz, citado por L. W., 46).

En síntesis, un libro en el “entre”, como se infiere de su gusto por lo dialéctico. A nuestro juicio escribirlo constituyó un gesto dialéctico entre el academicismo de Liliana Weinberg y la libertad del que crea sin la barrera censora de la otredad inteligente.